



LA ISLA DE PLÁSTICO

Hace un tiempo no tan lejano, una pequeña tortuga llamada Miranda que vivía cerca de las costas de Hawai, perdió a su grupo y fue a parar a una isla escondida. Un lugar tétrico, olvidado y que estaba completamente hecho de plástico. Con la basura que la humanidad tiraba al mar. Una porquería.

Miranda era una tortuga verde pero porque pertenecía a una hermosa raza que se llamaba así: tortugas verdes. Esta especie ama a todo lo que era de ese color. Y cuando digo todo no solo me refiero a las plantas, sino a los peces verdes, a las algas, a los sapos, en fin a todo. Miranda estaba siempre muy feliz y le encantaba nadar y explorar cualquier rincón del mar. Todavía no era adulta pero ya se manejaba sola y sin la necesidad de estar siempre con su grupo. También era muy, muy distraída. Y un día, cuando estaba nadando cerca de la superficie, vio algo: un pez de forma extraña que parecía una medusa como la que ella siempre frecuentaba.

Quiso hacerle una broma y llamarla y cuando se acercó se dio cuenta que su amiga no era más que una bolsa de plástico flotando en el agua... Pero ¡qué parecida era! —pensó—. Entonces, si no es... ¿qué es? Miranda nunca había visto nada igual y siguió ahora a la bolsa/medusa hacía donde iba. Nadó hacia una luz que se veía en la superficie hasta que pudo asomar la cabeza. Y no vio nada hasta que una gran la masa de plástico la tocó con su caparazón.

¿Cómo había llegado todo eso ahí? ¿Quién puede ser tan malo para ensuciar así algo tan lindo como el océano? Miranda tocó un pedazo de plástico que andaba cerca: era duro y frío. Se dio cuenta de que la isla no era como las otras, con playas, árboles, ríos, sino que estaba hecha de muchos pedazos pequeños de plástico, todos unidos. Miró a su alrededor y vio que era enorme y cubría la superficie del agua por millas a la redonda. Nunca había visto tanta basura junta en su vida ¿Cómo había llegado hasta ahí?

Miranda estaba preocupada porque sabía que la basura era dañina para los animales marinos, así que decidió hacer algo para ayudar a limpiar. Empezó a recoger los



pedazos de plástico y los metió en su boca. Luego, nadó hasta la orilla y dejó los pedazos de plástico en la playa. Miranda siguió limpiando la playa durante horas. Al final del día, Miranda había sacado muchos plásticos que andaban pululando pero no hizo mucho por bajar el nivel de la isla. Sabía que había ayudado a hacer del océano un lugar un poco más limpio. Pero estaba extenuada así que se metió en el agua y nadó de vuelta a su casa. Aunque no había hecho todo, igualmente estaba contenta de haber ayudado a limpiar aliguito aquella gran la masa de plástico.

Pero sabía que tenía que seguir ayudando a cuidar el medio ambiente y que la masa de plástico era un gran problema para el océano, así que decidió hablar con sus amigos para pedirles que la ayudaran a limpiar. Llamó a las medusas que, como ya dijimos, eran muy buenas amigas; llamó, por supuesto, a su familiares tortugas; también convocó a la familia atún; llamó a los Blue Marlin con su hermosa punta pinchuda que servía para juntar mucho plástico y muchos otros más.

Y así el nuevo equipo liderado por Miranda estaba meta que meta viaje de la isla a la playa llevando basura al tacho. Y el esfuerzo tuvo su recompensa ya que pasaban los días y la gran montaña de plástico iba bajando de nivel. Pero una noche, cuando todos se habían ido a descansar después de tanto acarreo, el destino les jugó una horrible sorpresa a nuestros valientes héroes ecológicos. Un pequeño temblor en el medio del océano, que en la tierra no se notó, generó una olas terribles que fueron hacia Hawaii, es decir, directo a la casa de Miranda. Sucede encima que estas olas pasaron por donde estaba la isla de plástico y levantaron toda la isla de plástico con su fuerza.

De repente, las olas inundaron la playa, llenando absolutamente toda la costa con botellas, pedazos de envases, bolsas y cualquier porquería de plástico que hubiera por ahí. Parecía que la isla se hubiese querido vengar ensuciándoles su playa. Miranda, sus amigos y su familia estaban destrozadas. A los amigos que vivían bajo el mar, les cayó una lluvia de plástico para la cual, incluso, algunos tuvieron que cubrirse con paraguas... ¿Cómo? Sí, como lo oyen, cubrirse con un paraguas bajo el mar... de no creer.



Miranda y los suyos estaban devastados: se habían esforzado muchísimo por limpiar y ahora tenían toda su casa sucia. La maldita isla de plástico se había vengado. Ahora, no sabían qué hacer ni por dónde empezar a limpiar. Pero sorprendentemente empezaron a llegar muchos humanos (que hasta ahora no los habíamos visto colaborar) que rápidamente empezaron a levantar la basura y a guardarla en bolsas para reciclar. Miranda y sus amigos estaban muy contentos por la ayuda y se sumaron a la cruzada por limpiar la playa. Finalmente, sacaron toda la basura y todos estaban muy orgullosos de lo que habían hecho juntos, humanos y animales. Ahora su casa, el medio ambiente de todos, estaba un poco más limpio gracias al trabajo conjunto.

Pero la cosa no quedó ahí. Los humanos se organizaron y juntaron muchos barcos, redes y muchas personas capacitadas para atacar con todo lo que quedaba de la isla de plástico (que todavía era bastante). Se dieron cuenta que toda esa montaña era responsabilidad suya por no haber cuidado el planeta y tirar la basura al mar. Ahora, avergonzados, se pusieron manos a la obra para terminar con esa acumulación que hace tan mal.

Parece mentira (pero lamentablemente era verdad) la cantidad de plástico que todavía quedaba en la isla. Los barcos fueron y vinieron cargando y descargando kilos y kilos. Era tanto, que no alcanzaban los tachos para tirarlos. Así que, a los humanos, se les ocurrió una hermosa idea: entregar esos materiales para hacer esculturas, convertirlos en electricidad limpia; o bien, usarlos como combustible; o para paneles aislantes y construir de casas; o tejidos y equipos médicos. Convertir en pulseras, collares, correas para perros, llaves, cadenas, construcción de carreteras y muchas cosas más.

Y así la playa y toda la hermosa isla de Hawaii se convirtió en un lugar limpio y colorido, lleno de toboganes, hamacas y esculturas que ayudaban a educar a las personas sobre los inconvenientes para todo el planeta de que haya plásticos en el mar. Pero la más impactante de todas esas obras era la que homenajeaba a Miranda,



la tortuga verde, que antes era verde debido a su especie y ahora también por su compromiso ecológico.

¿Y Miranda? Bueno, ella creció y se convirtió en una gran tortuga. Tuvo muchos hijos y luego muchos nietos. Cuentan que todas las tardes se juntaba con ellos al costado de su estatua para contarles la historia de cómo con un grupo de amigos fieles se aventuró al océano para cuidar el medio ambiente y luchar contra la malévola isla de plástico. Ni bien terminaba de narrar su historia, salían todos disparando a darse un gran chapuzón al mar que, ahora, rebozaba de vida gracias a sus solidarios habitantes.